

cuenta que María vivió retirada en el Templo hasta los quince años. La tradición se complace en detallar que Joaquín y Ana colocaron a su niña, hermosamente vestida, en el primero de los quince escalones, y que la auxiliaron en los primeros pasos. El gran sacerdote Zacarías estaba arriba esperando a María, y en el altar de bronce ardía el fuego de los sacrificios. El sacerdote miraba a la niña con embeleso, miraba la graciosa torpeza con que subía, lenta, los primeros escalones, auxiliada por Ana y Joaquín, uno a cada lado de su niña. Y de pronto, María alzó la mirada a lo alto, hacia el altar, y más arriba, hacia el cielo, y como si alas le naciesen milagrosamente en los diminutos pies, echó a correr sin auxilio alguno, y corriendo subió a los altos escalones, sin pisarlos casi, en una ascensión quizá presagio de la que había de llevarla, en alma y cuerpo, a los cielos.

Así, como un ángel y sostenida por su Arcángel tutelar en un revuelo de alas y de luz, la niña «hija de Dios Padre, Madre de Dios Hijo y Esposa del Espíritu Santo», subió al Templo.

Y allí vivió hasta los quince años. Cuando salió, la esperaba un coro de pretendientes. La mano divina se tendió hacia un patriarca joven, sin vacilar: porque José sostenía una vara seca que había florecido milagrosamente en un ramo de azucenas, signo milagroso de su castidad. El casto esposo José estaba destinado por Dios para custodio de la Virgen y del Niño, Rey del Cielo y de la Tierra.

Toda la tradición que cuenta la vida oculta de María se envuelve en un halo de pureza, de fortaleza, porque quizá no hay virtud más fuerte que la castidad.

«Como un olivo fértil delante del Señor», dice San Juan Damasceno que María creció en el Templo. Tan cerca de él estaba la casa

de Ana y Joaquín, que sólo la separaba el ancho de la piscina llamada «Birket Israel», de unos cuarenta metros, y también una calle estrecha. Y San Ambrosio asegura que la Virgen compartía la estancia en el Templo con la vida en el hogar de sus padres. Maravilloso modo de vivir para la niña que habría de ser madre de Dios.

Estudiaba María las Sagradas Escrituras; conocía perfectamente el antiguo hebreo, el idioma de que se sirvió Josué para detener al sol en su carrera y con el cual trazó Dios, «sobre macizas piedras», los Diez Mandamientos de su Ley.

Después de los estudios, María bordaba, hilaba y tejía. Aprendió a tejer como nadie, para algún día tejer una túnica inconsútil para el hijo de Dios, su Hijo. Estudia, borda, hila y teje la Reina de los Cielos: y con inmenso amor cuida de sus padres, ya muy ancianos, yendo y viniendo desde su casa al Templo.

Esto es lo que nos cuentan los Santos Padres, y la tradición, de la vida de la Virgen; desde su nacimiento hasta el día blanco de sus bodas.

Maravillosa vida oculta, de oración y de trabajo; pero en tan altos grados realizada, que nuestra pobre imaginación apenas alcanza a comprenderla. Por eso, sólo sabemos volvernos humildes como la tierra, para que los adorables pies se posen sobre nosotros, mísero polvo impuro bajo la Pureza mayor del Universo.

¡Santa María niña, rosa y estrella, María, «Estrella de los Mares»!... tan sólo con que Tú nos mires, inmaculada Niña, puedes alzar nuestras almas hasta la serenidad de los cielos y librarlas del poder de las tinieblas, y llenarnos de gozo y de paz, cerca de Ti, María, prodigio de cristalina pureza... María, ¡Dios te Salve!